



JOSÉ ANTONIO DE ORY

# Japón, el archipiélago de las estaciones

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*

Colección Fuera de sí. Contemporáneos, 23

© José Antonio de Ory, 2023

© De esta edición: Festina Lente Ediciones S. L. U., 2023  
Todos los derechos reservados

Primera edición: abril, 2023

Publicado por La Línea del Horizonte Ediciones  
C/ Mesón de Paredes, 73 | 28012 (Madrid, España)  
[www.lalineadelhorizonte.com](http://www.lalineadelhorizonte.com) | [info@lalineadelhorizonte.com](mailto:info@lalineadelhorizonte.com)

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro  
Coordinador editorial: Miguel S. Salas  
Revisión de pruebas: Luis Porras

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

ISBN: 978-84-17594-94-7 | THEMA: WTL, 1FPJ | Depósito Legal: M-4341-2023  
Imprime: Cofás | Impreso en España | *Printed in Spain*

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
I. EL PAÍS DEL FUTURO	19
Menos japoneses	33
Ella en la otra orilla	43
¿Aceptarán migrantes?	53
II. SER JAPONÉS	67
Una nación, una lengua, una raza	69
<i>Nakama hazure</i>	77
<i>Nihonjinron</i>	85
<i>Shōganai</i>	90
<i>Honne/tatema</i>	92
Rituales	102
<i>Salaryman</i>	119
<i>Hōrensō</i>	132
<i>Hikikomori</i>	144
III. MIL MUNDOS	153
La fascinación de vuelta	155
Mil mundos de Tokio	161
Ventanas de Yokohama	179
Coltrane en Japón	189
IV. LA ESTÉTICA JAPONESA	195
Kinkaku-ji y Ginkaku-ji. Las dos almas de Japón	197
Las cuatro características del gusto estético japonés	211
<i>Nihonga</i>	220
Territorio Kawabata	224
Takumi, shokunin, artesanos	233

V. TRÍPTICO CHANOYU: SHINO, ORIBE, RAKU.	
TRES CEREMONIAS DEL TÉ	241
Shino. Kamakura. Grullas	243
Oribe. Kioto. Gansos	251
Raku. Ámsterdam. Palomas	257
VI. CUANDO UNA MUJER SUBE LA ESCALERA	263
Lo bello y lo triste	265
Las hermanas de Gion	268
La calle de la vergüenza	271
Cuando una mujer sube la escalera	272
VII. EL TERRITORIO	281
De la casa japonesa a Na House	283
Kurashiki	297
El Japón de provincias de Keizo Kitajima	299
Hoteles y posadas	302
Muros	309
VIII. LAS ESTACIONES Y EL TRÁNSITO DE LA VIDA	323
La primavera	342
El verano	355
El otoño	359
El invierno	363
BIBLIOGRAFÍA	371
Reconocimientos	377

*A Cecilia y Teresa,  
que vivieron esos años conmigo.*



く

ろ

う

亭

## INTRODUCCIÓN

Para un europeo, para un occidental, Japón es la mayor experiencia posible del «otro». No hay país más alejado culturalmente, más extraño, más externo a nosotros. Son frecuentes los artículos de viajeros hablando de que los japoneses son de Marte. Extraterrestres desembarcados en estas islas que perdieron la nave para volver a su planeta, me decía un amigo.

Que la sensación de *otredad* en Japón sea máxima no deriva de sus diferencias con nuestra manera de estar en el mundo. Las hay, muchas, enormes, pero no mayores que con otras culturas. Todos somos diferentes, pese a la canción que cantan mis hijas en el colegio, *On est tous pareil*. No es verdad, somos distintos; los españoles de los franceses, de los italianos, no digamos de los finlandeses o, aun más allá, de los mongoles, los chinos, los camboyanos, los tongueses. Cada cultura es resultado de lo conformado por una comunidad humana a lo largo de siglos viviendo juntos en un territorio. En nada nos parecemos españoles y chinos, y su cultura no nos resulta sin embargo tan *completamente* ajena como la japonesa. En Japón, en cambio, vemos gente vestida como nosotros, que oye en buena medida la misma música o ve nuestras mismas películas, con apartamentos llenos de cosas parecidas a las que tenemos nosotros; que producen, es más, artilugios que caracterizan por completo nuestra forma de vida. Tal vez menos ahora que antes, pero todavía: *walkmans*, coches, aparatos de sonido, televisiones, consolas de videojuegos. Hay muchos más objetos japoneses que camboyanos o finlandeses en nuestras casas occidentales, con la cultura de pocos países tenemos más contacto que con la japonesa; de la misma manera que hay mucha mayor presencia de la

nuestra europea en Japón que en Mali. Y, sin embargo, insisto, para un occidental, Japón es la mayor experiencia posible del «otro».

Aciertan los viajeros que dicen que los japoneses son de otro planeta, aunque por razones posiblemente equivocadas. Un país visitado por primera o segunda vez nos parecerá exótico casi siempre. El viaje por las montañas de Suiza puede ya constituir para un español una experiencia completa de exotismo y hacerle pensar también que los suizos vienen del espacio. No digamos si es a territorio bosquimano o de aborígenes australianos. Muchas cosas en la superficie japonesa dejan sin duda perplejo al visitante, pero no bastan unos días de viaje para comprender por qué son hasta tal punto distintos. Su carácter diferente a cualquier otra cultura, esa condición de *otredad* máxima prácticamente respecto al resto, no es un rasgo que se plasme suficientemente en circunstancias anecdóticas o imágenes superficiales. La relación con ellos es complicada, tiene reglas, claves, protocolos, muchos, por cierto, que surgen de un sistema profundo de comprensión de la vida que han ido conformando aislados en su archipiélago. Solo una convivencia más prolongada, me parece a mí, puede llegar a mostrar de verdad que esa manera suya de estar en el mundo y comprenderlo es esencialmente distinta a como se vive la vida en cualquier otro sitio.

Llegué a Japón en agosto de 2016 y mi perplejidad desde el primer momento me llevó a escribir para tratar de entender. Tras cuatro años en el país no estoy seguro de comprender mucho mejor, pero sí creo que logro identificar, al menos, muchas de las cosas que no entiendo. Y reconozco también las muchas que me atraen del país, de su cultura, de esa manera propia y distinta de estar en el mundo.

Las páginas que vienen son producto de la combinación de esas dos sensaciones fundamentales: la perplejidad y la fascinación. Fascinación por muchas de las cosas que esa sociedad ha ido desarrollando a lo largo de los siglos, aislada en su pequeño archipiélago lanzado al mar y a las inclemencias de la naturaleza en un extremo del mundo. Y una perplejidad por esa manera propia de ser, que puede fácilmente derivar en frustración.

Cuatro años es tiempo suficiente para atreverse uno a escribir algo. Es mucho más que lo que necesita un buen escritor de viajes para pergeñar un relato fabuloso y muchísimo menos de lo que precisa un ensayista serio para abordar siquiera un esbozo de interpretación de otra cultura. Esto no es más que eso, un esbozo en todo caso. A poco más me atrevo. Otros han estado menos y habrán escrito seguramente con mucho mayor tino; otros, en cambio, estarán más tiempo, pero alcanzarán a atisbar menos que yo. Estos son mis cuatro años a bordo de la flota de navíos anclada en el Pacífico que es el archipiélago japonés.

Completo en España lo que escribí en Japón a lo largo de ese tiempo. Un año y medio después de irme, cuando culmino la revisión de este libro y abordo la introducción, me doy cuenta de cuánto lo echo de menos todavía y qué gran huella me ha dejado. Y soy consciente, sobre todo, de que todos tenemos el derecho, el deber incluso, de ser cada uno como quiera. Diferentes. Lo que pueda parecer crítica es producto solamente de mi propia frustración, de mi incapacidad para entender, o aceptar, que cada uno es como es. Quién soy yo, acaso, para ponerlo en duda.

\*\*\*

A mitad de camino he leído *Four Princes: Henry VIII, Francis I, Charles V, Suleiman the Magnificent*, de John Julius Norwich, que poco tiene que ver con lo que aquí trato. Pero me gusta su «nota del autor», y me sirve y casi querría copiar su espíritu:

Demasiado, me parece, se sacrifica en el altar de la coherencia. El lector atento notará algunas incoherencias en estas páginas: los duques franceses, por ejemplo, pueden ser «duc» a veces y otras «duke»; los nombres extranjeros se adaptan al inglés a veces (Francis en vez de François, por ejemplo) y otras no: sería ridículo traducir «Jacques» por «James» o «Ivan» por «John». En cada caso me he guiado por lo que suena correcto en mi cabeza y, espero, sonará correcto en la del lector.

Yo tampoco pretendo uniformidad, o coherencia siquiera, en cómo trato los nombres o las palabras japonesas. Los occidentales estamos acostumbrados a nombrar a los japoneses a nuestra manera: nombre y apellido, Yasunari Kawabata. Nunca, por cierto, apellidos, nunca nombres: los japoneses solo tienen un nombre y un apellido y así es para todos. Como repetiré a lo largo de las páginas que vienen, en Japón todo es de una sola manera, y las identidades son así, el apellido primero y luego el nombre: Kawabata Yasunari.

Estoy acostumbrado a decir Yasunari Kawabata, como he visto siempre el nombre del premio Nobel en los libros suyos que he leído en español o en inglés —nombre y apellido—, y me sigo refiriendo a él de esa manera; pero lo estoy también a decir Toyotomi Hideyoshi, Oda Nobunaga, Ashikaga Yoshimitsu o Ashikaga Yoshimasa —apellido y nombre— porque así los he visto durante mis años en Japón. Sepa el lector que no unifico el criterio y que iré llamando a cada persona que menciono en uno u otro orden según los guardo en mi memoria.

De la misma manera, estoy acostumbrado a decir las palabras japonesas en singular, porque en japonés no hay diferencia entre singular y plural, y verán que hablo de los *shoji*, los *fusuma*, los *tatami*, los *haiku*. Pero puede que alguna vez use el plural, cuando son palabras que usamos también en español y yo me he acostumbrado a decirlas así, en plural, como las *katanas*, por ejemplo. O las *geishas*. Que no espere el lector coherencia, una vez más, porque, como dice Norwich, demasiado se sacrifica en el altar de la coherencia.

I

## EL PAÍS DEL FUTURO



NEC HITACHI

LABI SHINJUKU

YUNIKA BLDG.

LISA

YU

2017/7/24 (mon) 25 (tue) 27 (wed)  
Shakatak

6が64で回り首位に並ぶ。中日

歌舞伎町一番街

LABI

7 新橋魚金  
6 ちびすけバル  
5 命すずや  
4 人バンダイ  
3F 焼肉 皮肉亭  
2F

まぐる商店 B1F  
塾ミヅウ 4F  
薄利 黄半兵衛  
2F

4F 春夏秋冬  
秋

meat house  
肉屋  
3F

2F

湖南果物

BAR B1

第二安田ビル  
桜島  
ザリザリ  
クアトロ  
クアトロ  
焼肉  
ollabo  
居酒屋  
2F

YUNIKA  
YUNIKA  
焼肉  
ollabo  
ステーキ  
2F

8F  
7F 麻雀ビル  
6F  
5F  
4F  
3F  
2F



Uno llega a Japón con cierta noción de que es el país del futuro. Me lo dijeron varias veces cuando conté que venía: «es la sociedad del futuro», «un laboratorio de cómo van a ser nuestras sociedades desarrolladas», «van por delante en todo».

Quizá fue así realmente durante algunas décadas, ese país del futuro que todavía creen muchos. Desde los Juegos Olímpicos de Tokio en el 64, posiblemente, que consiguieron organizar con eficacia y éxito enormes apenas diecinueve años después de perder la guerra y encontrarse con el país devastado. Todo salió bien, Japón conseguía exhibir un admirable y nunca visto tren bala de Tokio a Kioto, se levantaron autopistas elevadas por toda la capital y los estadios metabolistas de Kenzo Tange y Kunio Maekawa marcaban un hito en la historia de la arquitectura. El documental *Tokyo Olympiad* (1965), de Kon Ichikawa, da buena cuenta del momento y de ese gran logro que fue llevar a cabo los Juegos. La medalla de oro del equipo femenino de vóleybol, las «Brujas de Oriente», servía de símbolo del orgullo recuperado por un país que olvidaba definitivamente su derrota, pasaba página y se aprestaba a vivir dos décadas de crecimiento económico fulgurante y desmedido. Seis años después, Japón renovarían aún el éxito con la Exposición Internacional Osaka 1970.

El último tercio del siglo xx, durante los ochenta especialmente, Japón daba la impresión de moverse a otra velocidad y estar a punto de comerse el mundo. Sus productos invadían los mercados y la clase trabajadora norteamericana parecía abocada a arruinarse por la entrada masiva de coches japoneses, los jóvenes comenzaban a fascinarse con el fenómeno nuevo de un *manga*

que cambiaba la manera de entender el cómic en occidente, las ciudades se llenaban de restaurantes de *sushi* y palabras desconocidas hasta entonces contaminaban nuestros idiomas. La tecnología que usábamos resultaba ser toda de repente japonesa —Sony, Toshiba, Panasonic, Nintendo, Sega—, y *walkman*, consolas y Game Boy se imponían como objetos imprescindibles en nuestra casa. Hasta nos llegaban unos extraños e inútiles artefactos, los *tamagochis*, como antes o después Godzilla, Doraemon, Pokemon o los Pac-Man, los *comecocos* de mi adolescencia. Empresas y particulares japoneses desbordaban los mercados del arte pagando precios nunca vistos por unos Monet o un Van Gogh. He visitado esa imitación de museo donde la Yasuda Fire and Marine Insurance Corporation expone *Los girasoles* de Van Gogh que compró en subasta en 1987 por la cifra récord entonces de 39,9 millones de dólares, el triple del precio máximo que había alcanzado antes ninguna obra de arte. Ahí estaba, en una sala desangelada, fuera de contexto y sin la compañía de otras pinturas del impresionismo o postimpresionismo franceses con que los girasoles pudieran dialogar, conversar de noche, sentirse en familia.

Uno viaja por el país y va encontrando, sorprendido, museo tras museo con obras importantísimas del arte occidental compradas con frecuencia en esos años. Recuerdo mi emoción cuando supe de pronto que siete de los paneles de Rothko para el Seagram Building estaban en Japón, en una ciudad sin ton ni son a una hora de Tokio. Los había comprado poco antes de 1990 una compañía especializada en la fabricación de tintas, pigmentos, polímeros, plásticos y compuestos bioquímicos para exponer en el museo que se proponían abrir junto a una de sus fábricas.

Hasta el Rockefeller Center, nada menos, se había vuelto propiedad de Mitsubishi. Sony compró CBS y los

discos de Bob Dylan o Bruce Springsteen pasaron a ser de pronto editados por ¡una compañía japonesa!

Japón se había recuperado rápidamente tras su derrota y convertido en pocos años en segunda potencia económica del mundo sobre la base de una combinación de elementos tan peculiares y propios del país que resulta de difícil comprensión. Factor clave fueron los *keiretsu*, esos enormes conglomerados empresariales capaces de incorporar a la vez industrias de armamento, navieras, constructoras, su propia marca de fabricación de coches y su cadena de centros comerciales, bancos y entidades de crédito, compañías de seguros... El concepto *holding* no alcanza para explicar estructuras tan enormes y tan propias de la idiosincrasia japonesa.

La *pirámide* había de surgir del superávit comercial que el país empezó a tener en cuanto se recuperó de la devastación de la guerra y tuvo la fortuna de que otro conflicto bélico, el de Corea, estallara en la vecindad: volcado en la producción industrial y con índices siempre reducidos de consumo local, la economía exportaba y acumulaba divisas y ahorro. Esos enormes excedentes se utilizaban en la construcción. Pocas cosas marcan tanto el Japón de posguerra como el auge desmedido de construcción —inmobiliaria y de infraestructuras— financiada de modo autosuficiente por los *keiretsu*.

El mismo banco que financiaba las obras de las constructoras de su conglomerado tasaba artificialmente al alza los activos inmobiliarios resultantes. El valor de lo construido no dejaba de subir, porque no necesitaba contrastarse en realidad con nada —el esquema crediticio se cocinaba internamente— y la masa monetaria del banco y el valor en bolsa de sus empresas hermanas crecía exponencialmente. Si el mismo banco que ha financiado la construcción de un edificio que puede valer, digamos, un

millón de dólares lo valora en diez, y luego en cuarenta, sus activos inmobiliarios se han multiplicado de pronto por cuarenta. No importa que esa tasación sea artificial y sin base real alguna si el conjunto del sistema la cree y la acepta porque los bancos de los demás están haciendo lo mismo. El banco tenía de repente cuarenta millones de masa monetaria que podía utilizar en financiar otros cuarenta edificios de valor real de un millón, que tasaría por otros cuarenta cada uno. O por setenta y cinco, dónde va a parar, quién se lo iba a impedir, *the sky was the limit*.

El valor del suelo en Japón se multiplicó por setenta y cinco en solo tres décadas. El terreno que ocupa el Palacio Imperial en Tokio estaba valorado a final de los ochenta en más que todo el estado de California y el distrito de Chiyoda en más que Canadá entera. El área metropolitana de Tokio valía más que todo Estados Unidos. Los edificios del país, sumados, contaban por un veinte por ciento del total de la riqueza mundial. Las acciones de algunos campos de golf se pagaban a un millón de dólares.

A Hajime, el protagonista de *Al sur de la frontera, al oeste del Sol*, de Haruki Murakami, lo llama un día su suegro para pedirle un favor en relación con ciertos negocios turbios. «Mira Tokio desde aquí —le dice—. ¿Ves todos los solares vacíos, como una boca llena de huecos? Si miras desde arriba, ahí está, cualquiera lo puede ver, pero camina por la ciudad a ras de suelo y no te darás cuenta. Solía haber casas y edificios viejos en esos solares, pero han sido derribados. El precio de la tierra se ha disparado tanto que los viejos edificios ya no son rentables. No se puede cobrar una renta alta y es difícil encontrar inquilinos. Por eso necesitan edificios más nuevos, mayores. Y qué decir de las casas particulares en la ciudad, la gente ya no puede pagar los impuestos de bienes raíces o de

sucesiones. Así que venden y se mudan a la periferia. Y los promotores inmobiliarios compran esas casas antiguas, las derriban y construyen edificios nuevos y más funcionales. En poco tiempo, habrá edificios nuevos en todos esos terrenos vacíos. En un par de años, no vas a reconocer Tokio. No hay escasez de capital, la economía japonesa está en pleno auge, las acciones no dejan de subir. Los bancos tienen sus arcas repletas de dinero en efectivo. Si tienes solares como garantía, los bancos te prestarán todo lo que quieras. Por eso se están levantando todos estos edificios, uno detrás de otro».

He ahí lo que pasaba. En pocas décadas se fue desmontando el tejido urbano de las grandes ciudades y remplazándose por edificios nuevos construidos de prisa y corriendo sin el menor criterio estético. Ninguno. De esos polvos quedan todavía los lodos de lo feas, lo extremadamente feas, que son las ciudades japonesas. Uno hace el paseo en barco por el río Sumida de Asakusa a Odaiba y a los dos minutos no tiene más que ver, aburrido, abrumado si tiene cierta sensibilidad, por la fealdad del recorrido: cientos de edificios, uno tras otro, grisáceos, deslavazados. Recuerdo otro en barquito por el canal Dotombori en Osaka viendo pedazos de edificios desaparejados y sosos; ni siquiera el cielo, porque teníamos encima la autopista elevada de alta velocidad. Taro Azuma —*Una novela real*, de Minae Mizumura— regresa a Japón tras hacer fortuna en EE. UU. y se asombra: «Dicen que los japoneses se volvieron materialmente ricos y espiritualmente pobres. Creo que no es ninguna broma. Ahora que sobra el dinero, lo único que se logró es que Japón se llene de toda esa fealdad».

Mucho de ese valor era aparente, ficticio, derivado de convenciones artificiales aceptadas solo por un sistema económico autorreferente y autosostenible que se

regulaba de manera diferente a cualquier otra economía desarrollada sería. Una enorme pirámide financiera basada en la creencia en que se podía crear valor *ad eternum* en una escalada que no tendría fin y en que el dinero invertido por los japoneses valdría siempre más. Y más.

Pero la cosa sí tenía fin, como todo en la vida, y esa burbuja en que vivía Japón estalló, lenta pero inexorablemente, a principios de los noventa. ¿Cómo pudieron haberla inflado tanto, construir una pirámide especulativa de proporciones tan enormes? ¿Cómo un país y una sociedad serios pudieron creer de verdad que se puede crear valor sobre una base especulativa únicamente? ¿Cómo no vieron venir el estallido? Esta vez no fue la debacle absoluta del año 45, pero sus consecuencias fueron de relevancia comparable. Lo son todavía, porque el país no ha levantado cabeza.

Japón se ha creído gran potencia mundial dos veces y la sociedad se ha acompasado las dos por completo a esa creencia. Primero, de manera política y militar a lo largo de la parte inicial del siglo xx, en esa locura colectiva que los llevó a querer dominar el Pacífico y culminó en los bombardeos de Tokio, Hiroshima y Nagasaki y la gran derrota del 45. Y por segunda vez de manera económica, a medida que se iba inflando la burbuja y los japoneses creían que iban camino de dominar el mundo. En ambos casos se ha tratado de procesos basados sobre todo en asunciones erróneas: que su poderío político y militar era insuperable, que se puede crear valor de manera infinita.

\*\*\*

Treinta años desde el fin de la burbuja y setenta y cinco del fin de la Segunda Guerra Mundial, Japón parece estabilizado y tranquilo de nuevo, sin creerse ya líder mundial en nada. Pese al estallido, sigue siendo un país